

El chantaje como juego

Consulta: Tengo dos hijos. El mayor (Andrés, ocho años) me chantajea con continuas amenazas. El pequeño (José Luis, cinco años) con el doble juego de los besitos y las pataletas, ambas cosas hábilmente dosificadas. Yo, al principio, dramatizaba. Desde que caí en la

cuenta del juego, estoy incomodísima. No sé qué hacer: entro en su juego, me parece que les dejo llevar la iniciativa. Y si no entro, me siento de piedra y pienso que ellos me perciben muy lejana e indiferente. ¿Cómo debo proceder? (Marina, Lugo).

Respuesta

Comprendo su perplejidad. Supongo que lo normal será que sus hijos «jueguen». Pero no les atribuya usted a ellos sus propias interpretaciones.

Algo pasa cuando los niños recurren al chantaje como juego: es como un pulso para ganar y llevarla a usted a sus pretensiones. No para llegar a un objetivo común.

Supongo que, poco a poco, irá acertando que, vez a vez, pero el acierto va a pasar:

- por su propia serenidad
- por aceptar a sus hijos como son y diferenciarlos de su juego
- por intentar descubrir por qué necesitan recurrir al chantaje en la relación con su madre

—por llegar a ser una madre ni dominadora ni abandonadora (ni unas veces de una manera y otras de otra) sino interaccionista: que ayuda al hijo a conseguir los objetivos que le dejan crecer y no los que le hacen regresar a etapas anteriores.

Un sereno sentido del humor con usted misma y con ellos desbloqueará situaciones que sólo empiezan a ser dramáticas cuando se convierten en crónicas y rutinarias.

Dentro del mismo sentido del humor: la ausencia del padre en su consulta quiere decir que él no está metido en ese juego. ¿no?

¡Vaya con los 14 años de mi Isabel!

Consulta: ¿Qué habremos hecho mal? Es que todo es al revés de hace tres años.

Isabel: antes, encantadora; ahora, rezongona; antes, feliz; ahora, cascarrabias; antes, comunicativa; ahora, no sólo callada; encerrada; antes, activa, estudiosa; ahora, vaga y fracasada; antes,

familiar; ahora, «¡ya sale sola con un chico de 14 años de su clase!»

Ya no sabemos qué hacer con ella. Ni qué hicimos mal sus padres. Ni cómo tratarla. Es inaguantable y nosotros ya nos damos por vencidos. ¿Podemos hacer algo? (Máximo e Inés, León).



Joaquín M. García de Dios

«Un sereno sentido del humor con Vd. misma y con ellos desbloqueará situaciones que sólo empiezan a ser dramáticas cuando se convierten en crónicas y rutinarias.»

Respuesta:

Les felicito por su hija Isabel: está viviendo una adolescencia normal. Tiene todos los síntomas de la normalidad. Espero que también haya tenido ya la regla y que ya no le sirvan los vestidos que utilizaba hace tres años: aunque ambas cosas les hayan supuesto a ustedes algunos inconvenientes.

Pero no se inquieten: la adolescencia también es una etapa transitoria. ¿De verdad quieren ustedes conocer de cerca lo que está viviendo su hija? Si en vez de inquietarse y molestarse porque no les gustan los comportamientos actuales de su hija, lo que de verdad prefieren es comprenderla a ella y conocer lo que está viviendo, entonces vuelvanme a escribir que, con mucho gusto, les aportaré las guías oportunas para comprender con verdad y desde la alegría el crecimiento y las nuevas experiencias de vida de su hija Isabel.

¿Educación permisiva o educación represiva?

Consulta: Comprendo que no se puede hacer así la consulta. Pero, como orientación general, para saber manejar entre criterios tan dispares como se oyen hoy sobre educación, ¿cuál es mejor: una educación permisiva, que lo permite todo, o una educación represiva, que impide o castiga los errores y los comportamientos incorrectos? (Laureano, Vigo).

Respuesta:

Efectivamente, ante la simplificación tan excesiva de la pregunta, voy a contestar con una respuesta quizás un poquito simple, pero no inútil del todo.

Permitir: es no impedir.

Pero es completamente distinto no impedir el desarrollo. Permitir sin intervenir, o permitir haciendo posible activamente el paso siguiente, crítico, creativo o interrogante.

Reprimir: es impedir.

Pero es completamente distinto impedir la reacción incontrolada, instintiva y casi a nivel de impetu desde el inconsciente, a impedir la expresión legítima, la comunicación enriquecida, la originalidad discrepante o la experiencia vital. No basta, para enjuiciar una tendencia educativa, tener en cuenta los males (que produce o evita) o los bienes (que produce o favorece). Hay que tener en cuenta también los desarrollos o crecimientos que hubieron podido producirse. El crecimiento posible que no se logró es un atentado contra la vida del educando. (Algunos lo llaman un genocidio).